MANIFIESTO DE AGRADECIMIENTO

Manifiesto en agradecimiento a la figura de Antoni Gaudí

Sagrada Família
2026

MANIFIESTO DE AGRADECIMIENTO

«INFINITA GRATITUD A ANTONI GAUDÍ»

Solo queda de nosotros lo que damos.

Lo que guardamos celosamente para conservarlo, lo perdemos definitivamente.

La donación es el camino de la plenitud.

Hay más alegría en el dar que en el recibir.

Antoni Gaudí nos dio mucho. Por eso sentimos un deber de gratitud hacia él. Agradecer lo que nos han dejado es un signo de civilidad, pero también una exigencia ética.

El pueblo de Catalunya, la Iglesia universal y el mundo entero están en deuda con Antoni Gaudí por toda la belleza que generosamente nos regaló.

La belleza es un bálsamo para el alma atormentada, pero también una fuente inagotable de inspiración.

Antoni Gaudí puso su genialidad al servicio de Dios. Ahondó en lo más profundo de su alma para edificar un templo maravilloso, una obra que reflejara lo que Josep Torras i Bages llama la patria celestial.

La voluntad de hacer visible lo invisible es la lucha titánica del genio de Reus. Luchó durante toda su vida por revelar lo que es misterioso y el fruto de esta batalla silenciosa es este templo que maravilla al mundo entero por su elegancia.

Debemos agradecer a Antoni Gaudí su tenacidad, su entrega absoluta a esta Basílica, una entrega entendida como una vocación al servicio del Evangelio.

Le agradecemos la fortaleza de su esperanza, una esperanza puesta a prueba en tantos momentos de su vida. El genio reusense sufrió todo tipo de contratiempos, pero confió en el Espíritu y no se dejó secuestrar por el desánimo.

Su ejemplo nos impulsa y nos anima a persistir en nuestras luchas cotidianas, en nuestros anhelos de paz y de justicia.

Le agradecemos su humildad. Se vació de su yo, para dejarse llenar por la fuerza del Espíritu y, desde la sobriedad, la discreción y la constancia, puso su talento al servicio de una obra que despierta la admiración del mundo, sorprende a los escépticos y suaviza el corazón de los endurecidos.

Esta obra que nos acoge es un inmenso artefacto simbólico en medio de la ciudad, una llamada silenciosa hacia el cielo, una ocasión para repensar de dónde venimos y hacia dónde vamos, para tomar aliento en medio del ruido de la ciudad y recordarnos que estamos hechos para Dios y que no hay quietud que no provenga de él.

Agradecemos a Antoni Gaudí su fe en Jesucristo, una fe que fue creciendo desde la infancia hasta llegar a la comunión mística con Dios, una fe que lo llevó a confiar en su trabajo, pero también en el de sus sucesores.

La Sagrada Familia es un ejemplo diáfano de la constancia sostenida a lo largo del tiempo, de la suma de talentos que, inspirados por el maestro, han convergido en una obra que despierta la imaginación y la inteligencia espiritual.

Dos libros abiertos de par en par inspiraron esta mente luminosa nacida en Reus y que también pasó mucho

tiempo en Riudoms: el libro de la naturaleza, un manantial de maravillas que nos recuerda la grandeza del creador, como dice Ramon Llull, un universo que refleja en cada fragmento a quien nunca hemos visto, como lo hace una vidriera con la luz del sol.

El otro gran libro es la Palabra que Dios ha revelado a lo largo de la historia y que está recogida en la Biblia. Dios no ha permanecido mudo. Quiso romper el velo que separa el tiempo de la eternidad, lo finito de lo infinito, para mostrarnos quién es y quiénes somos nosotros.

Agradecemos a Antoni Gaudí su fidelidad a la Palabra de Dios, sedimentada en su alma a lo largo de paseos y meditaciones, una Palabra que inspira cada piedra, cada forma y cada volumen de esta Basílica. Un Evangelio que modelaba su vida.

Agradecemos su testimonio de pobreza evangélica. Despojado de todo, aprendió a vivir en la sobriedad y en la sencillez siguiendo el camino de Jesucristo. Se despojó de todos los bienes materiales y del circo de vanidades que ofrece este mundo, para entregarse en cuerpo y alma a lo fundamental.

Este despojamiento integral, fruto de una intensa ascética, es un ejemplo que nos inspira. Nos muestra, de manera fehaciente, que lo más grande es intangible y que lo más noble es también lo más difícil.

El templo de la Sagrada Familia es una inmensa obra intergeneracional, el resultado de la inteligencia y de la imaginación cooperativa, del trabajo de muchos hombres y mujeres que se han entregado y la han convertido en el propósito de sus vidas.

Nos sentimos orgullosos de este don hecho de piedra que evoca la nobleza espiritual de todo ser humano, que nos invita a trascender el espacio y el tiempo y a abrir el corazón y los ojos hacia lo que es esencial.

La verticalidad de la Sagrada Familia nos mueve a levantar la cabeza y contemplar el cielo, a dejar las preocupaciones

cotidianas y a interrogarnos sobre el sentido de la vida y de la muerte.

Cada una de las torres enlaza el cielo con la tierra, la ciudad de Dios con la de los hombres, en palabras de san Agustín, y nos recuerda que no estamos hechos para la muerte, sino para una vida en abundancia que solo podemos entrever en algunos instantes.

Han pasado cien años desde que Antoni Gaudí culminó la primera de las dieciocho torres que se elevan hacia el cielo. Cada torre nos recuerda que no estamos hechos solo para la vida horizontal, cada torre nos estimula a levantar la cabeza para asomarnos a la inmensidad que se extiende más allá del tiempo y del espacio y nos hace ver que nuestro destino es participar en la gloria infinita de Dios que, para Antoni Gaudí, está hecha de luz y de plasticidad.

La mejor manera de expresar esta gratitud que sentimos hacia el maestro del Baix Camp es irradiar su legado por todo el mundo, compartirlo con toda la humanidad para llenar de belleza todas las noches oscuras que hemos de vivir, los sufrimientos de este mundo, el lodazal de la historia, porque, como dice Fiódor Dostoievski, solo la belleza salvará al mundo. Y esta belleza es el amor revelado en Jesucristo.

BASÍLICA DE LA
SAGRADA
FAMÍLIA